

dió cuatro pasos con la viveza senil de los viejos impetuosos y coléricos, cogió á su nieto por el cuello, le hizo entrar en el gabinete, le arrojó en un sillón y le dijo:

—Cuéntame eso!

Solo las palabras *padre mio*, que se escaparon antes á Mario, causaron esta revolucion en el anciano.

Mario le miró asustado. El móvil rostro del Sr. Gillenormand solo expresaba en aquel instante ruda é inefable bondad. El abuelo se acababa de convertir en padre afectuoso.

—Vamos á ver, habla; refiéreme tus amoríos, charla, cuéntamelo todo. ¡Qué tontos son los muchachos!...

—Padre mio! volvió á decir Mario.

La fisonomía del anciano se iluminó de indecible resplandor.

—Sí, eso es, llámame padre!...

Dijo estas palabras con acento tan tierno, tan franco y tan paternal, que Mario pasó de repente del desaliento á la esperanza y se quedó aturdido y lleno de confusion. Estaba éste sentado cerca de la mesa; la luz de las bujías hacia resaltar lo estropeado de su traje, que el señor Gillenormand examinaba con asombro.

—Pues bien, padre mio...

—Ah! exclamó interrumpiéndole el anciano. ¿Será verdad que estás en la miseria? Vas vestido como un ladrón.

Abrió un cajón, sacó un bolsillo y lo dejó sobre la mesa.

—Toma, ahí tienes doscientos francos; cómprate un sombrero.

—Padre mio, continuó diciendo Mario, si supiéseis cuánto la amo!... ¡No os lo podeis figurar!... La primera vez que la ví fué en el Luxemburgo, que era donde ella iba á pasear. Al principio no me llamó la atención; pero luego, no sé cómo, me he ido enamorando. ¡Qué desgraciado me ha hecho esta pasión!... Por fin, ahora la veo todos los días en su casa; su padre no lo sabe. Figuraos que van á marcharse de Paris. Nos vemos todas las noches en su jardín. Su padre quiere llevársela á Inglaterra, y yo me he dicho: voy á ver á mi abuelo y á contárselo. Si se vá y yo me quedo perderé el juicio; enfermaré, me arrojaré al Sena, moriré. Es preciso que me case, porque sino me vuelvo loco. Esta es la verdad... creo que todo os lo he dicho. Vive en una casa con jardín que tiene verja, en la calle Plumet, cerca de los Inválidos.

El señor Gillenormand se habia sentado al lado de Mario. Mientras le esta-

ba oyendo saboreaba, no solo el sonido de su voz, sino tambien un polvo de tabaco. Al oír "calle de Plumet," detuvo la aspiración y dejó caer el polvillo sobre las rodillas.

—Has dicho en la calle de Plumet? Veamos. No hay por allí un cuartel? Sí, eso es. Tu primo Teodulo me habló de ella ya; el lancero, el oficial. Es una muchacha muy linda. En la calle Plumet, que se llamaba antes calle Blomet; ahora lo recuerdo. He oído hablar de esa verja y de ese jardín. No tienes mal gusto; dicen que es una jóven muy aseadita. Entre nosotros, te confesaré que creo que ese necio oficial la ha puesto la proa; no sé hasta qué punto habrá llegado; pero en fin, eso no es nada; además, que no se le puede creer, porque es muy jactancioso cuando se trata de conquistas. Me parece muy bien que un jóven se enamore; eso es propio de la edad en que te encuentras, y prefiero que seas enamorado á que seas jacobino; prefiero que te apasionen de unas faldas, de veinte faldas, á que te apasionen de Robespierre; á mí, en materia de *descamisados*, solo me gustan las *descamisadas*, porque las muchachas bonitas siempre son bonitas. ¡Conque la niña te recibe á escondidas del papá!... Eso es muy natural; me ha sucedido más de una aventura de ese género. ¿Sabes en ese caso lo que debe hacerse? No hay que tomar la aventura con ferocidad; no hay que precipitarse en lo trágico; no debe terminarse por matrimonio. Es preciso tener chispa y sentido comun. Tropezad, jóvenes, pero no os caseis. Cuando sucede un caso como ese se recurre al abuelo, que tiene buen fondo y algunos cartuchos de monedas de oro bajo llave, y se le dice: "Abuelito, esto me pasa." Y el abuelo contesta: "Pues es muy natural. Es preciso que la juventud se divierta y que la vejez se arrugue. Anda, hijo mio, que con el tiempo tambien dirás lo mismo á tus nietos. Toma quinientas pesetas y diviértete." No hay cosa mejor! Así debe conducirse ese negocio. No se llega hasta el matrimonio; pero eso qué importa! Me comprendes?

Mario estaba como petrificado; no pudo pronunciar ni una palabra; solo hizo con la cabeza un signo negativo.

El vejete se echó á reír, guiñó el ojo, le dió un golpecito en las rodillas, le miró con aire misterioso y le dijo:

—Tonto! Tómala por querida!

Mario hasta entonces no habia comprendido bien nada de lo que su abuelo

## LIBRO NOVENO.

### A dónde van?

—*Qui radis*—

#### I.

Juan Valjean.

le decia; confusamente habia pasado por su imaginación la calle de Blomet, el cuartel, el lancero, como vision fantasmagórica, pareciéndole que el viejo chicheaba; pero comprendiólo todo con claridad al oír las últimas palabras que injuriaban mortalmente á Cosette. La frase *tómala por querida* le penetró en el corazón como una espada.

Pálido, desencajado, cogió el sombrero, que estaba en el suelo, y se dirigió hácia la puerta con paso firme y resuelto; al llegar á ella volvió la cabeza, se inclinó ante su abuelo; luego se irguió y le dijo:

—Hace cinco años insultásteis á mi padre; hoy habeis insultado á mi mujer. Ya no os pido nada. Adios.

Asombrado el señor Gillenormand, abrió la boca, extendió los brazos y probó á levantarse; pero antes de poder pronunciar una palabra se habia ya cerrado la puerta y desaparecido Mario.

El anciano permaneció inmóvil algunos minutos, como si á sus piés hubiera caído un rayo, sin poder respirar ni hablar, como si le apretase la garganta vigorosa mano.

Por fin se levantó del sillón, corrió hácia la puerta con la velocidad que á su edad se puede correr, la abrió y gritó:

—Socorro! Socorro!

Acudieron en seguida su hija y los criados, y les dijo con angustioso acento: —Corred detrás de él! Cogedle!... ¿Qué le he hecho yo? Está loco! Dios mio! ¡Se vá! Se vá! Ahora sí que no vuelve!...

Se acercó á la ventana que daba á la calle, la abrió, se asomó á ella sacando fuera medio cuerpo, de tal modo, que Basco y Nicolasa tuvieron que tirarle por detrás, y gritó con desconsuelo:

—Mario! Mario! Mario! Mario!

Su nieto ya no podia oírle; en aquel instante habia doblado la esquina de la calle de San Luis.

El octogenario se llevó dos ó tres veces las manos á las sienes con angustia, retrocedió temblando y se recostó en el sillón, sin pulso, sin voz, sin lágrimas, moviendo la cabeza y agitando los labios, siendo víctima de vehemente y profundo sentimiento.

Aquel mismo día, á las cuatro de la tarde, estaba solo Juan Valjean sentado en una de las cuevas más solitarias del Campo de Marte. Ya por prudencia, ya por el deseo de recogimiento que sigue á los cambios insensibles de costumbres que se introducen poco á poco, entonces salia pocas veces con Cosette.

Llevaba traje de obrero y la ancha visera de la gorra le ocultaba el rostro. Estaba tranquilo y era feliz respecto á su ahijada, desde que creia que fué una ilusión lo que en otro tiempo le asustó; pero hacia ya dos semanas que le perseguía una inquietud de otra clase. Al pasearse un día por el boulevard vió á Thenardier, pero éste no le conoció, gracias al disfraz: desde entonces le habia visto varias veces y adquirió la certidumbre de que rondaba su barrio. Esto le bastó para determinarle á tomar resolución terminante. Thenardier representaba para él toda clase de peligros. Además, Paris estaba en ebullición, y las agitaciones políticas ofrecen el riesgo, para todo el que tiene algo que ocultar en su vida, de que la policía anda inquieta y recelosa, y al seguir la pista de hombres como Pepin ó Morey, podia muy bien tropezar con hombres como Juan Valjean. Por eso éste se decidió á salir de Paris y hasta de Francia, á irse á Inglaterra, y habia prevenido á Cosette que queria partir antes de ocho días.

Estaba, como dijimos, sentado en una cuestecilla del Campo de Marte, dando vueltas en su cerebro á estas ideas: Thenardier, la policía, el viaje y la dificultad de sacar el pasaporte.

Todo esto le inquietaba, y además un hecho inexplicable que le sorprendió y que aun le tenia impresionado. Aquel día se levantó á la madrugada, y paseando por el jardín antes de que Cosette abriese la ventana descubrió este letreiro, grabado en la pared, probablemente con un clavo:

Calle de la Verrerie, 16.

La escritura era reciente, porque las letras estaban blancas aun en la antigua y ennegrecida argamasa, y una mata de ortigas que habia al pié de la pared estaba cubierta de polvo de yeso. Aquellas letras debieron escribirse la noche anterior. Pero, qué significaban? Eran unas señas? ¿Una señal para otros ó un aviso para él? De todos modos habia entrado y violado el jardin un desconocido. Recordó entonces los extraños incidentes que tiempo atrás alarmaron la casa y se abstuvo de hablar de ese letrado á Cosette por temor de asustarla.

A pesar de estar preocupado se fijó en una sombra que proyectaba el sol, que acaso era la de alguno que acababa de pararse en lo alto de la cuesta detrás de él. Iba á volver la cara cuando cayó sobre sus rodillas un papel plegado en cuatro dobleces, como si una mano le hubiera dejado caer sobre su cabeza. Tomó el papel, lo desdobló y leyó estas palabras escritas con lápiz y con letras grandes: CAMBIAD DE DOMICILIO.

Juan Valjean se levantó rápido, pero no vió á nadie en la cuesta. Miró hácia todas partes y descubrió que un sér más alto que un niño, pero más pequeño que un hombre, vestido con blusa gris y con pantalon de pana de color de polvo, saltaba el parapeto y se deslizaba, hasta desaparecer en el fondo del Campo de Marte.

Juan Valjean regresó á casa muy pensativo.

## II.

Mario.

Mario salió desconsolado de casa del señor Gillenormand; entró en ella con débil esperanza y salió con inmensa desesperacion.

No le hizo daño—y los que conozcan el corazon humano lo comprenderán así—el lancero, el necio Teodulo, que no consiguió anublar su espíritu ni con la más ligera nube. El poeta dramático esperaria quizás alguna complicacion de esta revelacion que el abuelo hizo á quemarropa al nieto, pero lo que ésta pudiese hacer ganar al drama lo haria perder á la verdad. Mario disfrutaba de la edad en la que no se cree nada malo; despues ya viene la edad en que sucede lo contrario. Las sospechas son arrugas y no salen en la juventud. Lo que anónada á Otelo, pasa indiferente para Cándido. Era imposible que nadie con-

siguiera que Mario sospechase de Cosette.

Se dedicó á pasear por las calles, que es un recurso de los que sufren. A las dos de la mañana entró en casa de Courfeyrac y se echó vestido sobre su colchon. Habia ya salido el sol cuando se durmió, con ese sueño pesado y horrible que deja ir y venir las ideas en el cerebro. Cuando se despertó vió que Courfeyrac, Enjolras, Feuilly y Combeferre estaban en pié, con el sombrero puesto, á punto de salir y agitados.

Courfeyrac le preguntó:

—¿Vienes al entierro del general Lamarque?

A Mario le pareció que su amigo hablaba en chino, pero salió de casa momentos despues que ellos. Se metió en los bolsillos los cachorrillos que Javert le entregó para la emboscada del 3 de Febrero, que conservaba aun y que aun estaban cargados. Seria difícil de decir qué idea le impulsó á llevarlos encima.

Todo el dia erró vagando sin saber por dónde iba: llovía á intervalos, pero él no lo notaba; compró un bollo en un puesto de pan, lo guardó en el bolsillo y ya no se acordó de comérselo. Tambien creemos que se bañó en el Sena sin tener conciencia de lo que hacia. Hay momentos en los que el cráneo arde como un horno, y Mario pasaba por uno de esos momentos. Desde que le salió mal el paso decisivo que acababa de dar, nada esperaba ni nada temia. Aguardaba la noche con impaciencia febril, no teniendo en el cerebro clara más que esta idea: "Ver á Cosette á las nueve". Esta última esperanza constituia ahora todo su porvenir; despues, la oscuridad completa. De vez en cuando, mientras paseaba por las calles más desiertas, le parecia oír ruidos extraños, y saliendo de su ensimismamiento, se preguntaba: ¿Es que se están batiendo?

A las nueve en punto de la noche, como prometió á Cosette, estaba en la calle Plumet. Cuando llegó á la verja todo lo olvidó. Hacia cuarenta y ocho horas que no habia visto á su adorada; iba á volverla á ver, y se borraron en su pensamiento todas las demás ideas y sintió extraordinaria alegría. Esos minutos, en los que se viven siglos, son admirables, porque cuando llegan llenan enteramente el corazon.

Mario, al través de la verja, entró rápidamente en el jardin. Cosette no le esperaba en el sitio de costumbre. Atra-

vesó la espesura y llegó hasta la rincónada, cerca de la escalinata; pero Cosette tampoco estaba allí. Levantó la vista y vió que los postigos de las ventanas estaban cerrados. Dió la vuelta al jardin y á nadie encontró. Volvió á la casa, y asustado, loco, exasperado por la pesadumbre y por la inquietud, como el dueño que entra en su casa á deshora, llamó á la ventana. Llamó hasta tres veces, exponiéndose á que se abriera y asomase por ella la sombría cabeza del padre de Cosette y que le preguntase:—¿Qué es lo que quereis?

Pero para Mario ese disgusto era insignificante comparado con el que tenia. Despues golpeó en la ventana y últimamente gritó, llamando:

—Cosette! Cosette! Cosette!

Nadie le respondió. Era indudable que estaban inhabitados la casa y el jardin.

Mario lanzó miradas de desesperacion al edificio negro, silencioso y vacío como una tumba, y contempló el banco de piedra en el que pasó tantas horas felices al lado de Cosette. Luego se sentó en la escalinata, y doliente y resuelto, bendiciendo su amor en el fondo del pensamiento, se decidió, viendo que Cosette habia partido de Paris, á morir como último recurso.

De repente oyó una voz que salia de la calle y que llegaba hasta él al través de los árboles:

—Señor Mario!

—¿Quién es? preguntó poniéndose en pié.

—Estais ahí?

—Sí.

—Pues vuestros amigos os esperan en la barricada de la calle de Chanvriere.

Esta voz no le era desconocida; parecia la voz ronca de Eponina.

Mario se dirigió corriendo á la verja, separó el hierro móvil, pasó por él la cabeza y solo vió una sombra que corriendo desaparecia en la oscuridad.

## III.

El señor Babeuf.

El bolsillo de Juan Valjean fué inútil para el señor Babeuf, cuya austeridad venerable é infantil no aceptó el regalo de los astros; no podia convencerse de que una estrella pudiese convertirse en luisas de oro, y no podia adivinar que lo que caia del cielo viniese de la mano de Gavroche, por lo que presentó la

bolsa al comisario de policia del barrio, como objeto perdido, para que lo pusiese á disposicion del que lo reclamara. Nadie reclamó la bolsa y el señor Babeuf se privó de este socorro.

Y eso que cada dia era más deplorable el estado del anciano. Los ensayos que practicó del indigo dieron tan mal resultado en el Jardin Botánico como en el jardin de Austerlitz. Debia el salario del año anterior á su ama, y ahora debia, como ya sabemos, el alquiler de la casa.

El Monte de Piedad, despues que pasaron trece meses, vendió las planchas de su *Flora*, y quizás algun calderero las habria convertido ya en cacerolas. Como se quedó sin las planchas, no podia completar los ejemplares descabalados de la *Flora* que aun poseia, y tuvo que malvender á un librero chalan planchas y texto como desperfectos. Se quedó hasta sin el residuo de los ejemplares de la obra de toda su vida y se comió en poco tiempo el escaso dinero que éstos le produjeron. Cuando vió que se agotaba este miserable recurso, renunció al jardin y ya no lo cultivaba. Antes, mucho antes, habia renunciado ya á los dos huevos y la racion de carne de toro que comia de vez en cuando. Se alimentaba con pan y patatas. Habia vendido los últimos muebles; todo lo que tenia doble de ropa blanca, de ropa de color y de mantas; despues vendió los herbarios y las estampas; pero conservaba aun los libros más selectos, entre los que habia algunos muy raros, como *Los cuadros históricos de la Biblia*, edicion de 1560; *La concordancia de las Biblias*, de Pedro de Besse; *Las Margaritas de la Margarita*, de Juan de la Aaye, con una dedicatoria á la reina de Navarra; el libro del *Cargo y dignidad de embajador*, de Villiers Hotman; un *Florilegium Rabbincum*, 1644; un *Tibulo*, de 1567, y en fin, un *Diógenes Laercio*, impreso en Lyon en 1644, que contenia las famosas variantes del manuscrito 411 del siglo trece del Vaticano, y las de los dos manuscritos de Venecia, 393 y 394, que con tanto fruto consultó Enrique Estienne, y todos los pasajes en dialecto dórico, que solo se encuentran en el célebre manuscrito del siglo doce, de la Biblioteca de Nápoles.

El señor Babeuf no encendia nunca lumbre en su cuarto y se acostaba al anochechar para ahorrarse encender luz. Parecia que no tenia vecinos, porque éstos evitaban encontrarle, y él lo habia conocido. La miseria del niño conmueve

á una madre; la miseria de un jóven interesa á una jóven; pero la miseria del viejo no interesa á nadie: es la peor de las miserias. El señor Babeuf, á pesar de sus años, no habia perdido enteramente la serenidad de niño, y sus ojos aun despedían luz cuando se fijaban en los libros, y se sonreía cuando contemplaba el *Diógenes Laercio*, que era ejemplar único. Estos libros y su armario de cristales era todo lo que le quedaba, además de lo indispensable. Un día le dijo la tía Plutarco:

—No tengo para comprar la comida.

Lo que llamaba “la comida,” era un pan y cuatro ó cinco patatas.

—Que os la fien, contestó el señor Babeuf.

—Ya sabeis que no quieren.

El señor Babeuf abrió la librería, repasó largo rato todos los libros, uno despues de otro, como el padre que se viera obligado á diezmar á sus hijos los miraría á todos antes de elegir; cogió uno de repente, se lo puso debajo del brazo y salió. A las dos horas volvió sin el libro y con un franco y medio, que dejó sobre la mesa, diciendo:

—Traed la comida.

Desde aquel día la tía Plutarco vió siempre cubierto el cándido semblante del señor Babeuf con un velo sombrío, que ya nunca desapareció.

Al día siguiente, al otro y sucesivamente todos los demás días, fué preciso hacer lo mismo. El señor Babeuf salía con un libro y volvía con alguna moneda de plata.

Como los libreros chalanos veían que tenia necesidad de vender, abusaban de su desgracia y casi no le daban nada por los libros. De este modo, tomo á tomo, fué desapareciendo su biblioteca.

Alguna vez decía:—“Ya tengo ochenta años,” como si abrigase la esperanza de llegar antes al fin de sus días que al fin de sus libros.

Su tristeza iba en aumento, pero en una ocasion tuvo una alegría. Vendió un Roberto Estienne por siete reales y medio y compró un Alde por ocho reales.—Debo medio real, dijo muy alegre á la tía Plutarco.

Aquel día no comieron.

Pertenecía á la Sociedad de Horticultura, en la que sabían su situacion precaria. El presidente de la Sociedad le hizo una visita y prometió recomendarle al ministro de Agricultura y Comercio, como efectivamente lo hizo.—¡Ya lo creo! dijo el ministro; es un anciano muy

erudito, un gran botánico y un hombre inofensivo. Haremos algo por él.” Al día siguiente Babeuf recibió una invitacion para comer con el ministro. El anciano, temblando de alegría, enseñó la carta á la tía Plutarco.

—Nos hemos salvado! la dijo.

El día prefijado fué á casa del ministro. Allí se apercibió de que su corbata rosada, su frac grande y cuadrado y sus zapatos embetunados asombraban á los porteros. Nadie le dirigió la palabra, ni aun el ministro. Hacia las diez de la noche, que aun estaba esperando que le dijese algo, oyó que la mujer del ministro, hermosa y descotada dama, á la que él no se atrevió á acercarse, preguntaba:—Quién es ese caballero anciano? El infeliz tuvo que volverse á casa á pié á media noche y lloviendo. Para ir á casa del ministro en coche tuvo que vender un Elzebir.

Tenia la costumbre de leer antes de acostarse algunas páginas de *Diógenes Laercio*; sabia bastante griego para saborear las particularidades del texto que poseía: no le quedaba ya otro goce.

Al cabo de algunas semanas que transcurrieron, la tía Plutarco cayó enferma repentinamente. Hay todavía algo más triste que no poder comprar pan, y es no poder comprar medicinas: una noche el médico recetó un medicamento caro. Además, la enferma se agravaba y necesitaba una persona que la cuidase. El señor Babeuf abrió la librería y la vió vacía; habia vendido hasta el último volumen: solo le quedaba el *Diógenes Laercio*.

Se puso bajo el brazo el ejemplar único y salió de casa; era el día 4 de Junio de 1832. Fué á la puerta de Santiago, á casa del sucesor de Royol, y volvió con cien francos. Puso la pila de napoleones sobre la mesa de noche de su antigua criada y se volvió á su cuarto sin decir una palabra.

Al día siguiente, desde el amanecer, se sentó en el guardacanton que le servía de banco en el jardín y allí permaneció inmóvil toda la mañana, con la cabeza inclinada y la vista fija en sus platabandas marchitas. Llovía á intervalos, pero el anciano no lo notaba.

Al medio día estallaron en París ruidos extraordinarios, parecidos á tiros de fusil y á clamores populares.

El señor Babeuf levantó la cabeza, y viendo pasar á un jardinero, le preguntó:

—Qué es eso?

—Un motin.

—Cómo! Un motin!...

—Sí; andan á tiros.

—Y por qué?

—Diablo! exclamó el jardinero.

—Hacia qué lado se batan?

—Hacia el Arsenal.

El señor Babeuf volvió á entrar en casa, buscó en la librería un libro maquinaalmente para llevarlo bajo del brazo, no encontró ninguno, y dijo:

—Ah, es verdad!

Salió de casa con aspecto de extravío.

## LIBRO DÉCIMO.

El 5 de Junio de 1832.

### I.

La superficie de la cuestion.

Qué es lo que constituye un motin? Todo y nada. Es una electricidad que se desarrolla poco á poco, una llama que arde súbitamente, una fuerza de vapor, un soplo que pasa. Este soplo encuentra cabezas que hablan, cerebros que piensan, almas que padecen, pasiones que arden, miserias que aullan, y los arrastra.

A dónde? Al acaso... A través del Estado, de las leyes, de la prosperidad y de la insolencia de los demás.

De los siguientes elementos se fragua el motin: de las convicciones irritadas, de los entusiasmos frustrados, de las indignaciones conmovidas, de los instintos de guerra comprimidos, de los espíritus jóvenes exaltados, de las ceguiedades generosas, del gusto por la variacion, de la sed de lo inesperado, de los ódios vagos, de los rencores, del malestar, de los sueños insensatos, de las ambiciones desmesuradas y, en fin, de la turba, del lodo que se convierte en fuego.

Forman el motin lo más grande y lo más ínfimo; los seres perdidos, sin profesion ni oficio, los vagabundos, los que piden todos los días el pan á la suerte y no al trabajo, los brazos desnudos y los pies descalzos. Todo el que siente en el alma la rebelion secreta contra un hecho cualquiera del Estado, de la vida ó de la muerte, confía en el motin, y desde que estalla le hace temblar y le conmueve con violencia el torbellino.

El motin es una especie de tromba de

la atmósfera social, que se forma de repente cuando hay ciertas condiciones de temperatura, y cuyos remolinos suben, corren, truenan, arrancan, rompen y desarraigan, arrastrando consigo los espíritus grandes y los pequeños, al hombre fuerte y al débil, al tronco del árbol y á la arista de paja. ¡Desgraciados los hombres á quienes arrebató y desgraciados los hombres contra quienes choca!... Los estrellas á unos contra otros. Comunica á los que coge poder extraordinario é indefinible. Arrastra al primero que encuentra con toda la fuerza de los sucesos y de todo hace proyectiles; convierte un canto en bala y á un cargador en general.

Si hemos de creer á algunos oráculos de la política recelosa, bajo el punto de vista del poder es deseable un motin. Para ellos es un axioma que el motin afirma los gobiernos cuando no los destruye; porque pone á prueba al ejército, concentra á los ciudadanos, estira los músculos de la policia y enseña la fuerza del esqueleto social. Es un ejercicio gimnástico, casi higiénico. El poder se encuentra mejor despues de un motin, como el hombre despues de una friccion.

El motin, hace treinta años, se consideraba además bajo otros puntos de vista.

Se ha inventado una teoría que se llama á sí misma “del sentido comun,” Filinto contra Alcestes; mediacion que se ofrece entre lo verdadero y lo falso; atenuacion altiva, que porque tiene cierta mezcla de culpa y de excusa, se cree sabiduría, cuando no es más que pedantería. De esta teoría ha nacido toda una escuela política; la que se llama del justo medio.

Entre el agua fria y el agua caliente existe el partido del agua tibia.

Esa escuela, con su falsa profundidad, es enteramente falsa y disecciona los efectos sin remontarse á las causas y censura desde la altura de una semiciencia las agitaciones de la plaza pública.

Oigamos á esa escuela:

“Los motines que complicaron la revolucion de 1830 quitaron á este gran acontecimiento una parte de su pureza. La revolucion de Julio fué un saludable huracán popular, al que siguió inmediatamente la calma; pero los motines volvieron á anublarla, consiguiendo que degenerase en querrela, habiendo sido esta revolucion al principio tan notable por su unanimidad.

„En la revolucion de Julio, como en

todo progreso que se realiza por medio de una sacudida, hubo fracturas secretas; el motin las hizo visibles, y se pudo exclamar: "Ay, esto está roto!..." Después de la revolución de Julio solo se dejaba sentir la libertad; después de los motines se dejó sentir la catástrofe.

"Todo motin hace cerrar las tiendas y bajar la Bolsa, suspende el comercio, paraliza los negocios, precipita las quiebras; el dinero se retira, las fortunas privadas están inquietas, el crédito público perdido, la industria desconcertada; los capitales retroceden, el trabajo está menos retribuido: en todas partes reina el miedo y la reacción repercute en todas las ciudades.

"Todo esto abre hondos precipicios. Se ha calculado que el primer día de motin cuesta á la Francia veinte millones, el segundo cuarenta, el tercero sesenta. El motin que dura tres días cuesta ciento veinte millones; es decir, que teniendo solo en cuenta este resultado económico, equivale á un desastre, á un naufragio, á una batalla perdida, en la que se destruyese una escuadra de sesenta navíos de línea.

"No cabe duda que los motines tienen sus bellezas históricas; la guerra en las calles no es menos grandiosa ni menos patética que la guerra en los campos; en la una sobresale el alma de los bosques y en la otra el corazón de las ciudades; una tiene á Juan Chouan y la otra á Juana. Las llamas rojizas que despiden los motines son espléndidas y se descubren en ellos los rasgos más originales del carácter parisiense; la generosidad, el desinterés, la alegría tempestuosa, los estudiantes, que prueban que la bravura forma parte de la inteligencia; lo inquebrantable, que es la Guardia nacional, y el desprecio con que miran á la muerte los transeuntes. Las escuelas y los regimientos se encuentran, porque, después de todo, solo hay entre los combatientes la diferencia de edad; son de la misma raza, son los mismos hombres estóicos, que mueren defendiendo sus ideas á los veinte años y por su familia á los cuarenta. El ejército, que siempre está triste en las guerras civiles, opone la prudencia á la audacia. Los motines, al mismo tiempo que manifiestan la intrepidez popular, educan el valor del ciudadano.

"Está bien: ¿pero todo esto equivale á la sangre que se derrama? Además, á la sangre vertida hay que añadir el porvenir incierto que pueden traer los mo-

tines; hay que añadir que comprometen el progreso, que siembran la inquietud, que hacen desesperar á los liberales honrados, y que el absolutismo extranjero vé con placer las heridas que á sí misma se causa la revolución, y que dan la razón á los vencidos de 1830, que pueden exclamar: "Ya lo habíamos previsto!" Además, que si un motin puede engrandecer á Paris, empequeñece á la Francia, y por último, que los asesinatos deshonoran con frecuencia la victoria que alcanza el orden feroz sobre la libertad loca. En una palabra; los motines siempre son funestos."

Así habla la casi sabiduría de la mesocracia egoísta.

Nosotros rechazamos la acepción tan lata y tan cómoda de la palabra motin. Entre las conmociones populares establecemos distinción, y no nos preguntamos si un motin cuesta tanto como una batalla. ¿Y por qué compararle con una batalla? ¿Acaso la guerra es azote menos sensible que la calamidad de un motin? Además, ¿son calamidades todos los motines? ¿Qué consecuencia pretenden sacar de que el 14 de Julio costase ciento veinte millones? Pues la instalación de Felipe V en el trono de España costó á la Francia dos mil millones; y nosotros, hasta por igual precio, preferimos el 14 de Julio.

Por otra parte, negamos esas cantidades, que parecen razones y solo son palabras. Cuando se aparece un motin le examinamos en sí mismo. En la extensa objeción doctrinaria que acabamos de exponer solo se consideran los efectos; nosotros buscamos las causas.

Vamos á explicarnos con más claridad.

## II.

### El fondo de la cuestión.

Existen el motin y existe la insurrección, que representan dos clases de cólera; una que se equivoca y otra que tiene razón. Sucede algunas veces en los Estados democráticos, únicos que están fundados en la justicia, que una fracción es usurpadora; entonces todo se subleva, y la necesaria reivindicación del derecho puede llegar hasta tomar las armas. En cuantas cuestiones dependen de la soberanía colectiva, es insurrección la guerra del total contra la fracción, y es motin el ataque de la fracción contra el total: según habiten las Tullerías el rey ó la Convención, son justa ó injustamente

atacadas. El cañon que se asestó contra la muchedumbre no tiene razón el 10 de Agosto y la tiene el 14 Vendimiario.

La apariencia es semejante, pero el fondo diferente; los suizos defienden lo falso y Bonaparte lo verdadero. Lo que estableció el sufragio universal, en virtud de su libertad y de su soberanía, no puede destruirlo la guerra de las calles. Así también sucede en las cosas de pura civilización: el instinto de las masas, ayer predictor, puede ser hoy equivocado. La misma ira, legítima contra Ferray, es absurda contra Turgot.

Son motines la destrucción de máquinas, el saqueo de almacenes, la ruptura de los rails, la demolición de los docks, el desafío de la justicia del pueblo al progreso; que los escolares asesinen á Ramus; que espulsen de Suiza, á pedradas, á Rousseau; que se subleven Israel contra Moisés, Atenas contra Focion, Roma contra Escipion; pero es una insurrección que Paris se subleve contra la Bastilla. Es motin impío que los soldados se rebelen contra Alejandro y los marineros contra Cristóbal Colon. Y por qué? Porque Alejandro hace por Asia con la espada lo que Cristóbal Colon hace por América con la brújula; descubren un mundo. Las dádivas de mundos á la civilización son de tal magnitud, que es criminal oponer resistencia á los donantes.

A veces el pueblo se miente fidelidad á sí mismo y la multitud hace traición al pueblo. Por ejemplo: ¿hay algo tan extraño como la larga y sangrienta protesta de los falsos Saulniers, rebelión crónica y legítima, que en el momento decisivo, en el día de la salvación, en la hora de la victoria popular, se casa con el trono, se convierte en chouaneria, y siendo una insurrección contra él, se resuelve en un motin á su favor? Tal fué esa obra magistral y sombría de la ignorancia. El falso Saulnier se escapa del patíbulo real, y conservando aun al cuello un resto de la cuerda, enarbola la escarapela blanca. Y el ¡Mueran las gabelas! dá á luz el ¡Viva el rey!... Asesinos de la noche de San Bartolomé, degolladores de Setiembre, verdugos de Avignon, asesinos de Coligny, de madame Lamballe, de Brune, migueletes, Verdets, cadettes, compañeros de Jehn, caballeros de Brassard, sois el motin. La Vendée fué el gran motin católico. Se conoce el ruido que hace el derecho cuando se mueve, aunque siempre no sale del temblor de las masas turbulentas;

hay furores locos como hay campanas rajadas; el somatén no siempre suena á bronce. El estremecimiento de la pasión y de la ignorancia es diferente de la sacudida del progreso. Levantaos, pero para engrandeceros. Sepamos hácia qué lado vais, porque solo hay insurrección hácia adelante. Cualquier otro levantamiento es punible; todo paso violento que se dá hácia atrás es un motin; el retroceso es un hecho de fuerza contra el género humano. La insurrección es el acceso de furor de la verdad; los adoquines que desencaja la insurrección despiden las chispas del derecho; esos adoquines solo dejan el barro al motin. Danton rebelado contra Luis XVI representa la insurrección, y Hebert contra Danton, el motin.

De lo que se deduce que si la insurrección es en casos dados, como dice Lafayette, el más santo de los deberes, el motin puede ser el más fatal de los atentados. Se diferencian también en la intensidad de su calorico; la insurrección suele ser un volcán, y el motin es con frecuencia fuego de paja.

La rebelión, como hemos dicho, parte á veces del poder. Polignac es un amotinador; Camilo Desmoulins es un gobernante.

A veces insurrección es resurrección.

Como es un hecho moderno la solución de todo por medio del sufragio universal, y la historia entera es anterior á este hecho, desde hace cuatro mil años que están padeciendo los pueblos y que se viola el derecho, cada época de la historia viene haciendo la protesta que le fué posible. En la época de los Césares no existía la insurrección, pero existía un Juvenal.

El *facit indignatio* reemplaza á los gracos.

En tiempo de los Césares vivió el desterrado de Siena, pero también vivió el autor de los *Anales*.

Y no nos ocupamos del grandioso desterrado de Patmos, que también condena el mundo real, protestando en nombre del mundo ideal, que convierte á la visión en enorme sátira y lanza sobre Roma-Nínive, sobre Roma-Babilonia y sobre Roma-Sodoma la resplandeciente reverberación del Apocalipsis. Juan sobre la roca es la esfinge sobre el pedestal; no se puede comprender si es judío ó hebreo, pero el hombre que escribió los *Anales* es latino, ó mejor dicho, romano.

Como los Nerones reinan en la oscuri-

dad, deben pintarse como reinan; para esto es pálido el trabajo del buril y se debe verter en las incisiones prosa concentrada y mordiente.

Los déspotas entran siempre por algo en la idea de los pensadores. La palabra encadenada es terrible. El escritor duplica y triplica el estilo cuando el dueño impone silencio al pueblo. De este silencio sale cierta plenitud misteriosa que se filtra y se acera en el pensamiento. La comprensión de la historia produce la concisión del historiador. La solidez granítica de alguna prosa célebre solo es una condensación que produce el tirano. La tiranía obliga al escritor á contracciones de diámetro, que son crecimientos de fuerza. El período ciceroniano que apenas basta á Verres, se embotaría en la época de Calígula; cuanto menor es la extensión de la frase, mayor es la intensidad del golpe. Tácito piensa con gran fuerza.

La honradez de un gran corazón, condensada por la justicia y la verdad, fulmina.

Notemos de paso que es notable que Tácito no esté superpuesto, históricamente hablando, á César; es sin duda porque se le reservaban los Tiberios. César y Tácito son dos fenómenos sucesivos, cuyo encuentro parece que evitó cuidadosamente el que, al sacar los siglos á escena, arregla las entradas y las salidas. César es grande, Tácito es grande, y Dios dirige estas dos grandezas para que no se choquen. El justiciero, hiriendo á César, podía herirle demasiado y ser injusto, lo que Dios no quiere, porque cubre el Rubicon la gloria de las grandes guerras de Africa y de España, la destrucción de los piratas de Cilicia y la civilización que introdujo en la Galia, en Bretaña y en la Germania. Se vé la delicadeza de la justicia divina en no dejar caer sobre el usurpador ilustre al ilustre y formidable historiador, y en privar á César de Tácito, para concederle las circunstancias atenuantes en pró de su génio.

Es cierto que el despotismo no deja de serlo porque lo imponga el génio. Domina la corrupción en los tiempos de los tiranos ilustres, pero la peste moral es más repugnante en la época de los tiranos infames. En sus reinados nada vela la vergüenza, y los que pretenden enseñar por medio de ejemplos, tanto Tácito como Juvenal, abofetean con más utilidad, en presencia del género humano, á esa ignominia descarada.

Roma apesta más en tiempo de Vitelio que en tiempo de Sila. En las épocas de Claudio y de Domiciano existe la deformidad de bajeza, correspondiente á la fealdad del tirano. La villanía de los esclavos es producto directo del déspota; los miasmas que se exhalan de sus conciencias encogidas son reflejos de los de su señor; los poderes públicos son inmundos, los corazones miserables, las conciencias están aplanadas, las almas son repugnantes en los tiempos de Caracalla, de Cómodo y de Heliogábalo; mientras que del Senado romano en la época de César solo sale el olor del estiércol propio de los nidos de águila.

De modo que solo es tardía en la aparición la llegada á la historia de los Tácitos y de los Juvenales, porque el demostrador solo debe aparecer á la hora de la evidencia. Pero Juvenal y Tácito, lo mismo que Isaías en los tiempos bíblicos, lo mismo que el Dante en la Edad Media, encarnan al hombre; y el motin y la insurrección son la multitud, que tan pronto tiene razón como no la tiene. En la generalidad de los casos proviene de un hecho material y la insurrección de un fenómeno moral. El motin es Masaniello; la insurrección es Espartaco.

La insurrección confina con la inteligencia y el motin con el estómago.

Alimentar al pueblo es un buen fin, pero matarle es un mal medio.

Todas las protestas armadas, hasta las más legítimas, como la del 10 de Agosto y como la del 14 de Julio, principian de la misma agitación. Antes de que se desprenda el derecho hay tumulto y espuma. Al comenzar la insurrección es motin, como el río es torrente, y ordinariamente llega hasta el Océano, que se llama revolución.

Algunas veces, sin embargo, la insurrección, que nace en las altas montañas que dominan el horizonte moral, denominadas la justicia, la prudencia, la razón y el derecho, después de reflejar la transparencia del cielo y aumentarse con cien afluentes por el camino majestuoso del triunfo, se pierde de repente en alguna hondura popular, como el Rhin en un pantano sin fondo.

Decimos esto refiriéndonos al pasado; el porvenir se presenta de otro modo.

Lo admirable del sufragio es que disuelve el motin en sus principios, y dando el voto á la insurrección, le quita las armas.

El progreso inevitable consistirá en la desaparición de la guerra de las calles y

en la desaparición de la guerra de las fronteras; hoy no, pero *mañana* se realizará la paz.

Por lo demás, cualquiera que sea la diferencia entre la insurrección y el motin, estos matices apenas existen para el verdadero ciudadano; para él todo es sedición, rebelión del perro contra el amo, intención de morder, que hay que castigar con la cadena ó con el encierro; ladrido, aullido, hasta el día en que la cabeza del perro, engrandeciéndose de repente, se vé vagamente en la sombra con cara de león. Entonces el ciudadano grita: Viva el pueblo!

Dadas ya estas explicaciones, preguntamos: ¿Qué es para la historia el movimiento de Junio de 1832? ¿Motin ó insurrección?

Insurrección.

Podrá sucedernos que al presentar en escena este terrible acontecimiento le llamemos motin alguna vez, pero solo para clasificar los hechos de la superficie; pero haremos siempre la distinción necesaria entre la forma ó motin y el fondo ó insurrección.

Tuvo tal magnitud el movimiento de 1832 en su rápida explosión y su lúgubre extinción, que hasta los que solo lo consideran como motin hablan de él con respeto; para estos es como un residuo de 1830. Estos creen que las imaginaciones conmovidas no se calman en un día; que una revolución no se corta á pico; que presenta siempre algunas ondulaciones antes de volver al estado de paz, lo mismo que una montaña antes de terminar en la llanura; que no hay Alpes sin Jura ni Pirineos sin Asturias.

Esta crisis patética de la historia contemporánea, que conocen los parisienses por la época de los *motines*, es seguramente una de las más características entre las más tempestuosas de este siglo.

Digamos unas cuantas palabras más antes de entrar en la narración.

Los hechos que vamos á referir pertenecen á la realidad dramática y viva que el historiador desprecia muchas veces por falta de tiempo y de espacio; en ella, sin embargo, se encuentra la vida, la palpación, el estremecimiento humano; los pormenores son, digámoslo así, el follaje de los grandes sucesos, y se pierden en la lontananza de la historia.

La época de los *motines* abunda en hechos de ese género. Los procesos judiciales, por diferentes razones en la historia, no lo han revelado todo, quizás

tampoco lo han profundizado. Vamos, pues, á sacar la luz, entre particularidades conocidas y publicadas, otras que no se han sabido, hechos sobre los que ha pasado el olvido de unos y la muerte de otros.

Por las condiciones de este libro solo manifestaremos un lado y un episodio, seguramente el menos conocido, de las jornadas de los días 5 y 6 de Junio de 1832; pero lo haremos de modo que entrevea el lector, bajo el sombrío velo que vamos á levantar, la figura real de aquella aterradora aventura pública.

### III.

Un entierro: ocasión de renacer.

En la primavera de 1832, aunque había tres meses que el cólera acababa los espíritus, cubriendo con la agitación su lúgubre tranquilidad, París estaba preparado para una conmoción.

Como dijimos, la gran ciudad se asemeja á un cañon: cuando está cargado, basta que caiga en él una chispa para que se dispare. En Junio de 1832 la chispa fué la muerte del general Lamarque.

Lamarque era hombre de fama y de acción. Tuvo en el Imperio y en la Restauración sucesivamente las dos clases de valor necesarias en ambas épocas: el valor en los campos de batalla y el valor en la tribuna; era tan elocuente como había sido bravo; su palabra parecía una espada. Como Foy, su antecesor, conservó primero á gran altura el mando militar, y después mantuvo á gran altura la libertad.

Se sentaba entre la izquierda y la extrema izquierda; le quería el pueblo porque aceptaba las probabilidades del porvenir, y le quería la multitud porque había servido lealmente al emperador; él y los condes Gerar y Dronet eran los mariscales *in petto* de Napoleón. Los tratados de 1815 le sublevaban como una ofensa personal. Odiaba á lord Wellington con odio directo que agradaba á la multitud, y hacia diez y siete años que conservaba majestuosamente la tristeza de Waterlóo, prestando apenas atención á sus sucesos intermedios. En su agonía apretaba contra el pecho la espada que le dedicaron los oficiales de los Cien Dias.

Napoleón murió pronunciando la palabra *ejército* y Lamarque pronunciando la palabra *patria*. Aunque estaba previs-